

POBLACION Y ECONOMIA INTERNA DE LAS POBLACIONES ABORIGENES DEL CHACO EN EL SIGLO XVIII

Daniel J. Santamaría*

Sin estadísticas confiables, es imposible conocer el comportamiento demográfico de los pueblos dispersos durante el período colonial en las tierras bajas del norte argentino. Aún las variables confirmadas por varios testimonios, como la migración estacional, la dispersión inducida por sequía o inundaciones o la propia persecución de las “bandeiras” brasileñas, si bien son dignas de tomarse en cuenta, apenas ayudan a determinar la evolución demográfica real. La desolación de tierras que se sabía antes pobladas no autoriza la hipótesis de la desaparición del grupo: la migración y la reificación de segmentos enlazados por sus lenguas en circunstancias poco favorables, parece una constante en la historia cultural de la región. De modo particular, el tránsito generalizado de una economía recolectora a una basada en la agricultura de roza, convierte a la migración en una pauta cultural dominante. **En dos trabajos anteriores hemos estudiado las relaciones de poder entre chaqueños y españoles en las fronteras occidentales del Gran Chaco Gualamba** (Santamaría y Peire, 1993 y Santamaría, 1994). **Aquí queremos detenernos con más detalle en la estructura demográfica y la producción interna de recursos en el Chaco.**

La población

Estimaciones e indicadores demográficos

Casi nada se sabe aún sobre las poblaciones del Chaco Boreal, casi totalmente aisladas del mundo colonial. En el XVII el padre Amancio González (Aguirre, 1793: 526-527) dice que la población machicuy¹ del Chaco Boreal disminuye y

“en breve serán menos porque todas las mujeres abortan y las más no tienen ni un hijo”.

* CONICET y CEIC (Centro de Estudios Indígenas y Coloniales), Universidad Nacional de Jujuy.

Todo el Chaco aparenta estar semidespoblado. Lozano calcula en 1733 entre veinticinco y treinta mil guerreros chiriguanos. En 1774 el gobernador Matorras (1760: 22-30) cuenta en el Chaco Central siete mil tobas y mocobíes. El cálculo de Huonder (1901: 388) para esa época, de veinte a treinta mil aborígenes en todo el Chaco Central y Austral, parece exagerado; incluye unos dos o tres mil guerreros (Kersten, 1905: 55-56). También es exagerada la cifra de Jolís de cuarenta mil (1789: 254). Más moderadamente, Azara cuenta quinientos guerreros tobas en 1793 (1793: 469), cifra que considera estable entre 1781 a 1801 (1809: II-160). Aguirre repite el dato de Azara en 1805. Rafael de La Luz (1794) recuenta mil doscientos setenta y cinco "mataguayos". Gilij supone que en 1780 hay entre quince y veinte mil (Hervás, 1900: I-143), lo que demostraría (pese al carácter incomprobable de estas cifras) que la población chiriguana global descende notablemente en el XVIII y que el conjunto de reducciones fortificadas sólo alberga la octava parte de esa población, esto si tomamos como parámetro un multiplicador familiar de cuatro individuos por guerrero. En efecto, si se multiplica veinte mil (la cifra tope de Gilij) por cuatro, esto es, ochenta mil chiriguanos de todo sexo y edad y compatibilizamos con los diez mil reducidos.

Las epidemias

Las poblaciones han sido víctimas de muchas enfermedades epidémicas y endémicas. Las primeras bastante atribuibles a la invasión europea:

"cuando los indios visitan los establecimientos blancos para conseguir herramientas de hierro, abalorios de vidrio y ropa, espejos y tabaco, se contagian y su falta de resistencia trae efectos devastadores así como la enfermedad corre rampante" (Schindler, 1985: 459).

La Visita de Misiones Chiriguanas de 1794 denuncia la muerte de muchos chiriguanos por la peste y la hambruna de los últimos años, mientras otros se dispersaron. El cólera, la hidropesía aguda y el paludismo son todavía hoy endémicas en el Chaco y en los valles del alto Pilcomayo. Para el XVIII sólo existen referencias concretas respecto del paludismo; Castro Boedo la considera "enfermedad eventual no endémica" (1872: 125). Las epidemias más comunes han sido de disentería bacilar, fiebre tifoidea, influenza, sarampión, tifo o "tabardillo" y viruela. Tenemos información sobre pestes en 1616 (Jolís, 1789: 306), 1762 (Saignes, 1974: 235), 1789-1792¹, 1795 (Silvestre, 1797: 244) y 1798 (Segovia, 1798).

Aunque las fuentes coinciden en señalar una alta mortandad por el flagelo que procede siempre de las ciudades, las cifras reales de víctimas se

desconocen. Además de estas pestilencias, el chaqueño vive, como los nativos del Alto Paraguay, amenazado por centenares de especies animales carnívoras y venenosas (especialmente ofidios) y por parásitos de toda clase. La mortalidad infantil y adulta debe haber sido muy alta, si bien las crónicas coinciden en señalar la complicada batería de medicamentos empírico-naturales usada comúnmente.

Robos de mujeres

Muy rígida es la pauta de conservación de la población femenina, que justifica el casi sistemático robo de mujeres. Quizás, el secuestro masivo no sea más que la recuperación de las propias mujeres chaqueñas capturadas por los españoles en sus entradas “punitivas”. Pero como el número de guerreros muertos en los asaltos a las haciendas, fortines y misiones es siempre elevado, el robo de mujeres (dato cierto o matiz literario para cargar las tintas) pretende invertir los efectos de la alta mortandad de varones jóvenes. Esta táctica de aumentar el “capital reproductivo” del grupo apelando a la poligamia coactiva se apoya en una espontánea pauta exogámica en pro de la reproducción social y la economía en su conjunto.

Se trata de una práctica frecuente en las guerras interétnicas: los wichís que destruyen un poblado toba, conservan las mujeres y las ovejas (Jolís, 1789: 119). Por otro lado, el secuestro de mujeres tiene sus aspectos interesantes: uno, que produce un mestizaje español-aborigen: Barreda encuentra un grupo de ocho cautivos y un niño de ocho meses de edad, hijo de abipón y española. Otro, que las cautivas se niegan frecuentemente a regresar al mundo hispanocolonial una vez constituido su hogar mestizo en tierra aborigen. Barreda escribe en 1750 que debió traer a las cautivas bajo guardia

“porque tienden a escaparse [...] con maña las iré arrancando todas porque es increíble la resistencia que tienen para salir, más por parte de los cautivos [o cautivas] que de los indios”.

El aborto

El aborto parece un condicionante de peso en la evolución demográfica del chaqueño. Vitar (1994) enumera como motivos del aborto el nomadismo, la incomodidad de los niños en las guerras, el trabajo femenino y la preservación del rol social de las mujeres, la conservación de los maridos, la ilegitimidad, ideas religiosas sobre los mellizos y la voluntad de autodestrucción. Baste decir que los patrones de reproducción se vinculan firme-

mente con necesidades laborales y requerimientos ambientales y que mientras unos grupos buscan una activa multiplicación de sus miembros, otros procuran limitarlos a un número mínimo.

Las referencias al Chaco son numerosas. Lo común es ingerir plantas abortivas; en casos excepcionales se recurre a procedimientos mecánicos. En general, el aborto se lleva a cabo en los primeros tres meses de embarazo aunque si existen razones poderosas, puede practicárselo mucho más adelante, como los wichíes que lo hacen hasta en los últimos meses. En esos casos se acuesta a la mujer sobre el piso y alguien presiona su abdomen o aplica rudos golpes hasta producir la hemorragia (Idoyaga Molina, 1978-79: 149). Los kómlek provocan el desplazamiento del feto con presión dígito-pulgar abdominal descendente o a veces la muerte del feto por simples golpes en el abdomen. Las ancianas asisten al aborto, como generalmente asisten a los nacimientos. Aquí la interrupción puede realizarse en el cuarto o quinto mes de embarazo y en ningún caso se utilizan medios químicos, es decir, sustancias obtenidas de vegetales (Karsten, 1923: 23-25). Finalmente, un payak (chamán) pilagá puede interrumpir la gestación con el mismo procedimiento utilizado para extraer enfermedades del vientre: soplando y succionando (Idoyaga Molina, 1976: 82).

El infanticidio

Aparecen cuatro causas principales de infanticidio: control demográfico -que incluye la muerte del niño si su madre fallece en el parto-², mellizos, discapacitados e hijos incestuosos. Sólo en el tercer caso se trata de minusválidos seguros; sin embargo, el imaginario social concibe discapacidades más importantes entre los tres restantes. Constituyen mecanismos de selección del individuo cuya participación como adulto se espera con ansiedad. Los disminuidos, de quienes nadie espera razonablemente que cumplan algún rol social, son eliminados. Ante el nacimiento de mellizos, la conducta de cada grupo local es muy variada, aunque los chaquenses suelen matar siempre uno de ellos. Los tobas del Chaco Oriental matan generalmente al segundo porque el nacimiento de dobles es antinatural y ominoso: un hombre no puede engendrar dos hijos a la vez y una madre no puede amamantarlos (Altamirano, 1699: 4).

En estas sociedades, las conductas que favorecen la reproducción parten del axioma de que muchos hijos significan más posibilidades de que alguno sobreviva y el grupo adulto conserve su masa mínima. Cuando, a la inversa, se piensa que la multiplicación es innecesaria, la eliminación no es delito grave ni arroja sobre sus ejecutores culpa alguna; es menos homici-

dió que práctica de regulación demográfica. Además, no se sanciona al infanticida porque se considera, por ejemplo, que las niñas son muy incómodas para un pueblo nómada. Según relata Grubb, un misionero del Chaco Boreal (1911 [1925]: 120), los indígenas suponen que una población infantil grande significa un estorbo en sus habituales desplazamientos. Para sus mujeres, que amamantan a sus hijos hasta los tres o cuatro años (como según Dobrizhoffer lo hacen los abipones), no es bueno parir otra vez durante esa prolongada lactancia. Ambos motivos los inducen al infanticidio.

Grubb señala que el hecho de que la costumbre imponga a las ancianas el cargo de eliminar a las niñas deriva de que el poder social de esas ancianas proviene de su corto número, de modo que esa eliminación constituye un reaseguro a largo plazo del poder de las ancianas (1911 [1925]: 143). La conducta general respecto de los deformes parece ser casi siempre la eliminación. De los tobas dice Jolís (1789: 312) que

“no se ven deformes en sus villorrios ni contrahechos porque cuando nace algún deforme, lo que es rarísimo, sus parientes le dan muerte”.

Las referencias a la muerte intencional del niño por problemas de legitimidad son escasas: Jolís asegura que los tobas matan a los nacidos de comercio ilegítimo, probablemente hijos incestuosos o adulterinos.

La economía interna del Chaco

La economía interior de las sociedades indígenas

El Chaco se divide, de este a oeste, en tres grandes franjas ecológicas paralelas: la oriental o Chaco húmedo y sub-húmedo, formada por parques y sabanas de poca altitud, tachonados de bosques y pampas, y sobre todo, bosques fluviales en galería. Desde antiguo, ganaderos de Asunción del Paraguay pastorean su ganado en estos parques donde abunda el quebracho colorado chaqueño [*Schinopsis balansae*], el guayacán [*Caesalpinia melanocarpa*] y el urunday. En un clima cálido y húmedo, las lluvias decrecen notablemente del este (1.300 mm sobre el río Paraguay) al oeste (800 mm en el borde occidental de la franja). La mitad está cubierta por pastos naturales, un treinta y cinco por ciento por bosques y un veinte por ciento por esteros y pantanos, sobre todo en el sur, donde se multiplican durante las lluvias estivales en una alternancia perjudicial con períodos de intensa sequía. La horizontalidad del suelo y su composición arcillosa forman salitrales superficiales (“manchones” o “planchados”). El agua retenida en estos bajíos proviene de los mil milímetros anuales de precipitación del Chaco nororien-

tal santiagueño y también del escurrimiento de las excesivas precipitaciones temporales del norte.

La franja central o zona de transición tiene un clima continental templado-cálido con precipitaciones de 650 a 850 mm, irregularmente distribuidas y decrecientes de este a oeste, con la misma proporción de pasturas y bosques que en la zona anterior. Los árboles más comunes son el quebracho colorado santiagueño, el quebracho blanco y el algarrobo, que se extiende hacia el oeste, trepando la precordillera que forma su límite occidental. Estas especies ocupan extensas planicies, a veces compartiéndolas, a veces predominando alguna de ellas (como, por ejemplo, los vastos quebrachales). En general, alternan bosques y pastizales quemados y bosques inflamables, arbustales y pastizales. Al sur del Bermejo se abre una zona densamente boscosa ("El Impenetrable") donde abunda el palosanto. Todo el territorio sufre erosión eólica superficial, sin formación de médanos ni alteración notable del relieve; hay frecuentes tormentas de polvo.

La tercera franja, occidental o Chaco semiárido, abarca treinta y dos millones de hectáreas, que se confunden hacia el Oeste con los pastizales serranos que rodean las selvas subtropicales de montaña. Aún al oeste de estos verdes cordones montañosos, se abren valles subtropicales cálidos que forman una secuencia habitacional y cultural con el Chaco: de modo especial, el valle del río San Francisco, el de Orán y el de Tarija, incluyendo los sectores de puna disectada que los separan de los llanos y que forman la Cordillera Chiriguana. Este territorio tiene el mismo clima continental templado-cálido que el anterior, pero predomina aquí el régimen monzónico: lluvias intensas en verano (500 a 750 mm anuales concentrados entre noviembre y marzo) y sequías invernales, seguidas por altas temperaturas y vientos cálidos del norte durante la primavera (Fock, 1966-67: 89-90).

Excepto durante las crecidas, el suelo es seco y polvoriento porque se empobrece la vegetación del monte durante seis meses: los ganados se repliegan a las sabanas orientales que conservan la humedad estival. El pastoreo excesivo estimula la expansión de los montes o "fachinales". El agua es el principal factor de cambio ambiental en el Chaco por las modificaciones en el curso y caudal de los ríos que lo atraviesan³. Castro explica que los pobladores de la alta cuenca del Bermejo desarrollan hoy ganadería transhumante con agricultura estacional con abundante uso de mano de obra familiar, presentando esta estrategia de manejo de recursos un impacto ambiental relativamente bajo. Las condiciones descritas son prácticamente idénticas a las que pueden reconstruirse para el siglo XVIII.

Hidrológicamente, la zona se divide en tres grandes ambientes: el influido por los grandes ríos (Pilcomayo, Bermejo, Salado) y sus zonas laterales de inundación estacional. La pendiente es tan suave y la carga sedimentaria procedente de las montañas selváticas del Occidente tan grande que estos ríos cambian su curso con frecuencia, formando amplias planicies aluviales (Torkel, 1994: 30). Las zonas sin influencia de ríos y las zonas de antigua influencia fluvial determinadas por variaciones sensibles de su altitud (zonas altas o “albardones” que derivan aguas pluviales a zonas bajas o “cañadas”). Las “cañadas” son antiguos cauces de brazos del río por donde el agua corre en época de lluvias secándose en épocas secas. Las depresiones sólo almacenan agua proveniente de zonas altas y pueden conservarla durante bastante tiempo (Torkel, 1994: 23).

El río Bermejo, el más importante de todos, sigue un régimen estacional de crecidas durante las lluvias (octubre-marzo) y de reducción (abril-septiembre). Una vez liberado de los estrechos cauces pedregosos del monte alto, el río fluye caóticamente por la planicie, desperdigando todo el material de piedras y troncos por los primeros segmentos del cauce abierto. De allí en adelante, sigue un curso irregular, lleno de curvas, variando mucho su ancho y su profundidad. En sus bordes forma bancos de arena, greda y tosca y numerosas lagunas o “madrejones”, paralelas al curso, con agua que beben hombres y ganados, y donde se pesca o se extraen caracoles. Estos sitios suelen variar de posición según las evoluciones del caudal; naturalmente, en estos puntos inundados se aglomeran los grupos aborígenes.

La vida del chaqueño se desarrolla en los montes que rodean o acompañan los cursos de agua. El mismo establecimiento de las misiones en el Chaco ha seguido puntualmente esta norma. Jolís (1789: 72) cuenta que cuando el río Dorado se retiró del lugar donde él fundó la reducción de tobas, todos se fueron. Durante las crecientes, los ríos salen de madre y se derraman sobre las llanuras, evaporándose e infiltrándose, salinizando el suelo (Torkel, 1994: 32). Los chaqueños prefieren habitar en las proximidades de aguas corrientes de mediana salinidad para higiene personal y bebida, desechándose las lagunas de aguas estancadas o las fuentes termales. Aunque los indios -dice Jolís- son “dispuestísimos a los baños”, no buscan en absoluto el agua termal (1789: 79).

Tanto la excesiva como la nula salinidad configuran impedimentos de localización. Jolís trae numerosos datos sobre la variable salinidad de los ríos chaqueños y las estrategias de uso de esas aguas por parte de los propios aborígenes. Dice que en San Ignacio de Tobas muchos padecían bocio,

excepto los adultos que masticaban tabaco mezclado con sal (1789: 75). Sin embargo, cuando algún grupo asume el control de estas aguas, procura evitar las intrusiones de otros. De este modo, los menos poderosos deben contentarse con ocupar zonas menos favorables o migrar a las cabeceras de los ríos sometidas al poder hispanocolonial. El acceso al agua potable debe considerarse factor cierto de conflictos interétnicos.

Los cambios ambientales

La reconstrucción de los cambios ambientales en todo el Chaco es ardua: faltan los "informes del tiempo" que abundan en las fuentes capitulares del mundo colonial. Las pocas existentes tienen estrecha relación con las fronteras españolas. Algunos trabajos recientes informan sobre cambios climáticos operados en el Noroeste Argentino (Prieto et al, 1995) o cambios fluviales en el Chaco sudoccidental durante el XVIII (Dussel y Herrera, 1995), ya denunciados por Jolís (1789: 69). En el primer caso se habla de un período seco en 1580-1641 y un período húmedo en 1663-1710: datos locales de Jujuy y Salta permiten inferir que después de 1710, o quizás algunos años antes, se produce una nueva etapa de sequías.

En 1703, 1709 y sobre todo en 1758 el río Salado deja de desaguar su caudal en el Paraná para hacerlo en la laguna de los Porongos o Mar Chiquita. Una etapa de grandes lluvias comienza en 1750 produciendo crecidas fluviales entre 1752 y 1758⁴. En el mapa de Cardiel (1760) se advierte la nueva desembocadura del río. Ese año se pide la construcción del fuerte de Higuierillas para proteger los caminos al sur, dado que el territorio aborigen se ha visto ampliado hacia el sudoeste⁵. En 1761, año de intensas precipitaciones, comienzan los reclamos de los vecinos para reencauzar el curso, que se repiten sobre todo en 1764 y 1766-68, períodos de grandes lluvias. En 1770 el gobernador Matorras describe en detalle el área afectada y dos años después ordena las obras de reencauce, que efectuadas en tiempos de seca, no resisten la nueva ola de lluvias que cambian otra vez el curso del río. En 1774 los mapas de Castillo y Matorras describen la formación de lagunas y el bloqueo del camino a Santa Fe y Buenos Aires. Jolís dibuja todavía a los ríos Salado y Dulce desaguando juntos en la Laguna de los Porongos.

El fenómeno produce sequía en una amplia zona, empujando a los españoles al oeste del nuevo curso⁶. Como resultado, no pueden abastecerse de miel y cera como era habitual entre marzo y mayo, debiendo retraer sus ganados ante el impetuoso avance de las poblaciones indígenas sobre Córdoba⁷. Al período de alta humedad de 1750-1770 le sigue un período seco has-

ta el 1800. En 1778 y en 1784 todavía se hacen recomendaciones para volver al río al cauce anterior. En ciertos casos, las modificaciones de los cursos de agua y sus expansiones durante la temporada lluviosa estival producen efectos sociales de relevancia. Durante las grandes precipitaciones cordilleranas del verano, muchos lechos secos se llenan de agua aislando a los wichíes durante meses del mundo exterior (Fock, 1966-67: 89). A la inversa, la falta prolongada de acuíferos induce traslados masivos, entre ellos, desplazamientos hacia las fronteras españolas.

El nomadismo del chaquense es, por lo tanto, relativo: en general, las “rancherías” o “tolderías”, construidas pobremente con palos de madera sosteniendo techos de caña (Jolís, 1789: 85) tienden a permanecer si las condiciones ecológicas son propicias. Cuando se rompe el equilibrio entre hombre y agua (sequías o inundaciones), las rancherías se abandonan hasta que, cambiadas las condiciones, regresan sus antiguos ocupantes o algún otro grupo. Sólo si la modificación se considera definitiva, la ranchería se abandona para siempre. Jolís (1789: 83) dice que en años escasos de lluvias, los chaquenses

“están obligados a cambiar de sitio en busca del agua que consumida en una de estas cavidades (las “cañadas”) es necesario buscarla en otra para alivio de su vida”.

La movilidad geográfica

Las actividades económicas del chaquense lo llevan, de modo recurrente, a pasar ciertos períodos fuera del ámbito ocupado: básicamente en actividades de caza, pesca y recolección. Se trata de movimientos de pequeños grupos especializados, integrados exclusivamente por varones para los desplazamientos corrientes, o migraciones masivas ante cambios ecológicos. Los puntos poblados se relacionan entre sí de manera frecuente y el uso de estos espacios ampliados no es caprichoso ni difuso. Los movimientos cumplidos por los contingentes masculinos de caza o recolección, o los traslados masivos de las tolderías, siguen las “rastrilladas”, sendas abiertas más por la frecuencia de uso que por alguna planificación. Generalmente corren paralelas a los cursos de agua, siguiendo los terrenos más altos y de mayor follaje para disimular el paso⁸. Esta organización del uso del espacio encuentra eco en las estrategias coloniales: el motivo para trasladar el presidio oriental a Las Vegas del Dorado (1780) es que este sitio se considera

“precisa puerta y tránsito de todas las naciones que no pueden traficar por otra parte, porque al naciente lo embaraza

una dilatada travesía y por el poniente la eminente sierra del Alumbre o Santa Bárbara” (Arias, 1780: 12).

La sierra de Santa Bárbara se entiende como el límite “natural” de las jurisdicciones de Salta y Jujuy en el Chaco Occidental. Aunque el sistema fortificado no sea capaz de impedir invasiones indígenas, los cabildos se sienten seguros al occidente de ese cordón montañoso; más al este, se abre la “frontera”. Las tácticas de seguridad aborígenes se complementan con desplazamientos nocturnos, tanto en la caza como en la guerra, donde se iluminan con luciérnagas (Jolís, 1789: 233). Algunas rastrilladas cruzan estos cursos uniendo dos puntos costeros con el recorrido más corto posible.

La dependencia del agua es también fundamental en estos movimientos: necesidad de calmar la sed, riego de las huertas y su poder de atraer especies de caza. Las aguadas, pozos surgentes o charcos formados por las crecidas fluviales, funcionan a la vez como núcleos de residencia temporal y estaciones de descanso en los recorridos largos. La dificultad de confeccionar un mapa de estas rastrilladas reside en que varían según la crecida de los ríos y la quemazón de los montes. Las más conocidas permiten reconstruir de manera bastante general los espacios de intercambio entre las poblaciones chaquenses. Aun cuando los ríos ordenan los espacios, ellos mismos no constituyen vías de tránsito. Las primeras menciones de “canoas” las trae Castro Boedo en 1872 (1872: 50, 66) pero sin describirlas ni dibujarlas.

Este panorama sufre una profunda modificación entre aquellos pueblos que se apoderan de las caballadas abandonadas por los primeros pobladores españoles, logrando una expansión notable de su hábitat y permitiéndoles asediar el pedemonte andino y el Chaco Boreal. Sobre la cuestión del caballo en la sociedad toba, Schindler sostiene que eran guerreros antes de hacerse jinetes, contra las opiniones de Kersten (1905: 19), Tomasini (1978: 17), Münzel (1978: 399) y Susnik (1985: 456).

La pesca

La preponderancia del agua en el establecimiento y la circulación se vinculan con la dependencia de la fauna acuática como alimento. La proximidad del agua no basta, sin embargo, para instalar núcleos domésticos: es necesario que los tramos fluviales controlados contengan cantidad de moluscos comestibles y sean buenos pescaderos (como, por ejemplo, las playas pantanosas del Bermejo y el Pilcomayo). En la segunda mitad del XIX, Seelstrang (1884: 64) define a los chaquenses como “incansables pescadores” observándolos con frecuencia “inmóviles como estatuas”, parados, lanza

en mano, al lado de unos pequeños cercos de ramas que construyen en las orillas; nunca usan redes ni anzuelos. Es habitual que acopien anualmente ostras y otros moluscos destinados a complementar la dieta cotidiana. (Castro Boedo, 1872: 71).

Las marcadas fluctuaciones de los caudales en el Chaco Occidental tienen importancia económica por su influencia en la pesca: aumento de cardúmenes entre octubre y diciembre (a veces muriendo en las playas de los ríos o lagunas poco profundas, lo que genera inquietud entre los naturales que temen la contaminación) y otro aumento casi inmediato durante las lluvias estivales. Estas alzas casi repentinas de cardúmenes duran alrededor de dos semanas; especies comestibles como el sábalo [*Prochilodus platensis*], el surubí [*Pseudoplatystoma coruscans* y *Pseudoplatystoma fasciatum*], la boga (que comen asada), el bagre y el dorado [*Salminus maxillosus* y *Salminus brevidens*] migran entre los pantanos del Este y las fuentes de agua de las montañas, proveyendo buena comida para casi todo el año, especialmente durante las secas del invierno (Fock, 1966-67: 89). Los wichíes y los lules sacan abundante grasa de los sábalos y la conservan en calabazas con pimiento (Jolís, 1789: 241). Curiosamente, los chaquenses no comen las anguilas. De todos modos, algunas prescripciones rituales disminuyen su consumo potencial: las mujeres tobas, mocobíes y abiponas tienen prohibido alimentarse de pescado (Jolís, 1789: 236-237).

La miel

En las proximidades de ríos y arroyos y en los espacios interfluviales, se recoge miel de avispa y abejas, una de las fuentes de glucosa más importantes en la dieta aborigen. En algunos casos, su recolección es una actividad complementaria y paralela de la caza, que sólo se realiza una vez levantada la cosecha de las huertas. Las abejas producen miel todo el año; los aborígenes desechan completamente la cera (Jolís, 1789: 230). En todos los casos, el uso posterior de la miel está sujeto a fuertes formalidades. De ella se destila el "latagá", una popular bebida alcohólica entre los tobas, que la vierten junto con las vainas aplastadas del algarrobo en una especie de canoa excavada en el tronco de un "samuhon", mezclando todo con mucha agua y en pocas horas sobreviene la fermentación. Usando calabazas como vasos, el jefe preside el simposio y distribuye la bebida a los circunstantes. Cuando el latagá fermenta todos cantan (Ducci, 1902). La siguiente frase de Ducci.

"no se callaran jamás si tuvieran siempre el latagá o yerba mate paraguaya"

no es confiable: pueden haber adoptado la yerba mate [*Ilex Paraguayensis*] de modo normal pero el registro etnográfico no la menciona integrando la dieta habitual de los tobas sino hasta su “paraguayización” en el siglo XX.

Los recursos arbóreos

El Chaco es abundante en especies vegetales que actúan como complemento de la alimentación cárnica y hortícola. Las excursiones de caza recogen de paso frutos comestibles, tanto para alimento inmediato de los cazadores como para llevarlo a la ranchería, distinguiéndose perfectamente las especies comestibles de las venenosas. Entre estos árboles se encuentran el algarrobo blanco [*Prosopis alba* y *P. chilensis*]. Pelleschi (1879: 70-71) señala al algarrobo como adverso a la humedad, propio de planicies, aún las altas, secas y frías. Forma bosques completos mezclándose con otras especies, tanto en las planicies como en las áreas emergentes después de períodos de inundación y también en las costas aluviales de los grandes ríos. Los indios -dice Pelleschi- utilizan la resina de la madera del algarrobo pero no dice para qué. La algarroba (fruto del algarrobo) sirve de alimento habitual y para destilar la aloja. Los chaqueños la estiman mucho porque participa activamente en las celebraciones rituales, convites e intercambios interétnicos. Para preservar la algarroba y otros frutos se construyen pequeñas cabañas sostenidas por cuatro palos a pique (Pelleschi, 1879: 73-75).

El guayacán [*Caesalpinia paraguariensis*] es un árbol de excelente madera, con frutos comestibles por el ganado y taninos aprovechables. El fruto pequeño, redondo y amarillo del chañar [*Gurliaea decorticans*] se recoge un poco después que la algarroba, consumiéndoselo crudo o a veces hervido como terapéutica astiasmática. También se puede preparar arropo o se lo mezcla con la harina del algarrobo (Torkel, 1994: 49-50). El mistol [*Zyzyphus Mistol*] tiene un fruto que mezclado con el de la algarroba sirve para elaborar el pan “patay”. La maduración de estos frutos se produce en el Chaco durante la primavera (octubre-diciembre). En el noroeste argentino la recolección se posterga para noviembre-febrero.

Los chaqueños usan el chaguar [*Bromelia hyeronimi*] y caraguatá [*Bromelia serra*], cuyas fibras usan los wichíes para confeccionar cuerdas, redes, bolsas y ropa (Fock, 1966-67: 90). Hay otras fibras, resinas y maderas en los montes chaqueños, como varias clases de algodón para tejer alforjas y redes, hacer cuerdas o instrumentos para coser (Jolíis, 1789: 107). Según Pelleschi (1883) los tobas usan urukú [*Bixa Orellana*] como moneda; el dato no parece confiable porque esta planta se usa habitualmente para teñir de rojo el cuerpo o las ropas, es propia de la Amazonía Boliviana y de otras re-

giones aún más septentrionales. De confirmarse esto, sin embargo, tendríamos una imagen aún más amplia de la expansión toba o por lo menos de la esfera productiva a la que logran acceder.

Frutos alimenticios y de otros usos

El coro es una planta silvestre cuya hoja se usa como fumitorio, y que crece en el actual norte de la provincia de Santa Fe. Los chaqueños organizan anualmente una migración masiva para recolectarlo, dando ocasión así a un verdadero encuentro interétnico aparentemente pacífico. Las habas silvestres aparecen espontáneamente en los juncuales o adheridas parasitariamente a troncos de árboles. También sirven de alimento diversas hierbas: lubagai entre los tobas (Jolís, 1789: 95), áloe o chaguar y frutos de toda clase: higos, helechos, moras, piñones de piquillín, palmitos, guayabas, frutas silvestres, mirtos, matos y los frutos pequeños y rojos de los chalchales.

Especies tintóreas

Las especies tintóreas se usan para adorno personal o pinturas rituales. El rojo, obtenido del lapacho colorado, la grana o el cebil, se usa para pintar sus escasas ropas o huesos; también para la guerra así como el negro para el luto. El uso de tinturas vegetales para textiles es mínimo, aunque aparecen cueros y algunos objetos de su vida material (alforjas, redes, tejidos) pintados de diversos colores (Jolís, 1789: 105). Los aborígenes usan tierras negras y rojas para teñir pieles y ropas (1789: 58). Otro tintóreo es la pintura de polvo de piedra del río Paraguay, con que los tobas se pintan de rojo durante las fiestas de la cosecha de miel o de la maduración del algarrobo (Ducci, 1902: 5).

La horticultura

La horticultura chaqueña no tiene la misma importancia que en las economías amazónicas. Una vez que se controlan terrenos vírgenes y cultivables, se prepara el monte por roza o quemazón, una de las tareas anuales más importantes de su planificación productiva. Normalmente, grandes fiestas señalan el inicio tradicional del cronograma de cultivos. La práctica de la quemazón con fines hortícolas ha sido propagada en el Chaco por guaraníes orientales y chiriguano. La fertilidad del suelo, sin embargo, no proviene sólo de la roza: aparecen tierras ricas en nutriente y la putrefacción de gran parte del manto vegetal durante las lluvias estivales. Se logran tres o más cosechas de maíz cada año, utilizando dos especies que crecen y

maduran en períodos de cuarenta días. De modo semejante a lo que ocurre con el trigo en las haciendas españolas de la frontera, no hace falta incorporar mucho trabajo en la segunda o tercera siembra porque las primeras lluvias del verano desarrollan los plantíos remanentes de la primera, liberando energía humana para otras actividades (Jolís, 1789: 85-86). Se cultivan dos clases de quínuia o acelga. Las especies reciben los nombres de granadilla (mburucuyá entre los guaraníes), verdolaga e hinojo (Jolís, 1789: 93-94).

Hay también especies silvestres de recolección, de la que se comen sus hojas cocidas o sus pequeños granos en sopa; pimentón, que sirve como condimento, maní, zapallos, dos especies de melones, cuatro de habas, porotos, sandías (hay dos variedades de sandía [*Citrullus vulgaris*]). La madurez de las cucurbitáceas se produce en plazos de veinticinco o treinta días, según Jolís (1789: 86). Hay porongos (Castro Boedo, 1872: 67 y 186), arvejas en los terrenos inundados, papas, yacones, tres o cuatro clases de batatas o camotes y mandioca [*Manihot utilissima*].

Hay tres especies de calabazas o cucurbitáceas. Respecto de este cultivo, encontramos un problema en el texto de Jolís (1789: 93): refiriéndose a Acosta, habla de ocho especies de calabazas domésticas cultivadas por los indios, que pueden reducirse a tres clases: las de flores amarillas, blancas y azules. Explica que las primeras se comen verdes o maduras, mientras las dos últimas sólo tiernas porque cuando maduran, su cáscara endurece y se usa sólo como envase. Pero casi de inmediato (1789: 94) asegura que las calabazas de flores amarillas, blancas y azules no se usan como alimento, “ni siquiera por los Bárbaros”, por ser dañosas y de gusto muy amargo. Mi experiencia personal indica que las calabazas constituyen un alimento cotidiano del chaquense. Muchos otros grupos basan su sustento en la pesca, la recolección o la caza y han ejercido poco o nunca prácticas hortícolas continuas. Esta diferencia obedece menos a tradiciones culturales que a condicionantes estrictamente ecológicas.

La sal

La sal, recurso común, se encuentra, de buena calidad, en los depósitos fluviales resecaados durante el invierno. En algunos casos, las salinas son de buen tamaño y muchos españoles las creyeron dignas de explotación económica. García de Solalinde (1790: 442) afirma que la laguna salada ubicada a cincuenta leguas de la desembocadura del río Colorado (Bermejo) tiene una sal

“cuya calidad es igual o algo mejor que la de las salinas de esta frontera [de Buenos Aires]”

Es la que Castro Boedo (1872: 227) identifica como Mahoma, probablemente tomándola del etnónimo Mahoma o Hohoma, cerca de la misión de La Cangayé. Se usa la sal masticada junto con el tabaco o coro para prevenir el bocio endémico en el Chaco Centroccidental (Jolís, 1789: 75). Hay una sal negra de origen vegetal que se prepara con las cenizas de ramas de jume [*Heterostachys ritteriana*] (Torkei, 1994: 52).

La caza

Entre los chaquenses, la caza es (como entre los pueblos amazónicos) un complemento imprescindible de la recolección y de la producción hortícola, a tal punto de que si fenómenos impredecibles le impiden cumplir este rol, deben buscarse otros bienes. Las especies de caza son numerosas, entre aves y mamíferos. Una de las más buscadas es el venado: se come su carne y se usa su cornamenta para bocado de cabalgaduras o puntas de dardos y de su piel se confeccionan cuerdas, bridas y bolsas para cruzar los ríos. Como estos venados evitan los terrenos anegadizos, circulando por la espesura, lejos de las vías de agua, obligan a los cazadores a quemar el monte para verlos y darles caza. Se capturan pecaríes negros, rosillos y de varios colores [*Catagonus wagneri*, *Dicotyles tajacu* y *Tayassu albirostris*]; cabras salvajes, buscadas también por su piel; ratas pequeñas, blancas o moteadas, que conservan con ese fin en jaulas hechas de calabazas (Jolís, 1789: 117), topos, cuisés⁹, conejos silvestres [*Silvilagus brasiliensis*]¹⁰ y liebres; mulitas [*Dasypus septemcinctus*], quirquinchos [*Chaetophractus* sp] y tatúes [*Priodontes Giganteus*] (1789: 147).

Entre las aves figuran los suris [*Rhea americana suri*], cóndores (Jolís, 1789: 173), pavos, faisanes y una infinidad de pájaros. Ranas, sapos [*Bufo marinus paracnemis*] e incluso algunos insectos como langostas, que comen reducidas a harina (1789: 234). Las mujeres se encargan de prepararlas, juntándolas en vasijas de barro o en las calabazas comunes y poniéndoles pimentón para conservarlas. Los wichíes comen hormigas fritas en su propia grasa; también se alimentan de sus huevos. Los mismos indígenas comen varias larvas cocidas y sin grasa (1789: 237-238). Las mujeres comen fritas otra clase de larvas porque creen que funcionan como galactogogos.

El deterioro de las especies de caza comienza cerca de las ciudades coloniales porque las cabras y ovejas traídas por los españoles durante el XVIII hacen retroceder a la fauna silvestre. Venados, pecaríes y ñandúes (Fock, 1966-67: 90) reducen su número hasta el punto de que se ven pocas fieras, o ninguna, en las zonas pobladas. En el interior del Chaco, por el contrario,

el venado y el suri sobreviven hasta hoy, pese a muchos factores de extinción. Todavía a fines del XIX hay jaguares [*Felis Onza*] en la cuenca del Bermejo señalando la existencia de especies depredables.

La domesticación

Como muchos de los que navegan el Bermejo en la segunda mitad del XVIII, Matorras y Lapa detectan majadas de ovejas entre las poblaciones indígenas de su curso superior y medio (Kersten, 1905: 30, n. 69). Los tobas ecuestres disponen de ovejas con cuya lana tejen sus mantas como lo hacen los abipones del Chaco Meridional. Barreda pide ciento treinta cabezas de cabras y ovejas para la misión de la Purísima Concepción porque dice que las mujeres benefician lanas y cueros “porque son muy trabajadoras”¹¹. La carne de oveja se come semicruda pero sólo en caso de necesidad. Jolís relativiza el consumo de carne ovina: dice que los chaqueños la retienen sólo por su lana

“porque se abstienen de su carne a causa de la ridícula y vana persuasión en que viven de que sus hijos nacerían como ellas cubiertos de lana”.

Atribuye la costumbre al consejo de los viejos, que prefieren conservarlas para sí en caso de necesidad (1789: 118). Cuando en 1790 Fernández Cornejo dirige su segunda entrada al Chaco, observa (como Matorras en 1774), que la oveja viene substituyendo a las presas de cuero desde hace tiempo en la economía doméstica del chaqueño (1790: 461-462). Lo mismo observa García de Solalinde (1790: 441). Es posible que el consumo eventual de los mejores animales, como ocurre hoy en el Chaco Sudoccidental (Paz, 1995) haya deteriorado genéticamente las majadas. Los indios tienen ganados por dones de paz de las autoridades, convenios o tratados, cesiones de los misioneros o apropiación directa en chacras de españoles vecindados.

La apropiación del ganado

Las referencias al “robo” de ganado constituyen una parte importante de las guerras anticoloniales. Pero estas guerras no comienzan -como pretenden los funcionarios coloniales- porque los indios “roban” ganado de los españoles. Las guerras tienen un origen más complejo y objetivos más vastos. Las guerras interétnicas, por ejemplo, son normales en las tierras bajas, tanto como las alianzas interétnicas. Producida la invasión europea, los indígenas proceden del mismo modo con españoles y portugueses: susten-

tan una alternancia aparentemente caprichosa entre furiosos ataques y tratados de paz. La guerra y la paz nunca son objetivos en sí mismos, sino respuestas relativas a situaciones concretas, tácticas de supervivencia o estrategias de defensa anticolonialista.

Para comenzar, una aclaración que no sólo es semántica. Por las condiciones ecológicas de las tierras bajas (abundancia de aguas y pastizales) la dispersión de los ganados vacunos es muy grande. La falta de acorralamientos, las pérdidas de rebaños al trasladarse una misión o abandonarse una ciudad y los extravíos normales de ganado durante arreos prolongados, sobre todo durante la noche o en lugares boscosos de poca visibilidad, han sido factores determinantes de esa dispersión. Desde el XVII, indios y españoles cazan sistemáticamente los ganados cimarrones procedentes del Tucumán, norte de la Pampa Húmeda y Paraguay. Los españoles, que se atribuyen la propiedad de todo el ganado, llaman “alzado” al que se escapa de su control y por ende, a todo el ganado suelto, fuera o no de su propiedad. Los recuentos de los mayordomos de las haciendas y estancias deberían ser mucho más perfectos de lo que parecen en la documentación para que cada hacendado supiera exactamente cuantos animales tiene. Aún así, ¿qué razones habría para que desdeñara unos cuantos animales ajenos si se unen espontáneamente a sus rebaños?

De modo que apenas podemos establecer una propiedad legal de los españoles; en todo el alcance jurídico de la palabra, sobre los rebaños que pastan en las tierras bajas. Ahora bien; cuando los indígenas se apoderan de los mismos ganados “alzados” que merodean sus territorios, la documentación oficial habla inmediatamente de “robo”, “saqueo” o “abigeato”. Se trata, obviamente, de una falacia destinada a justificar la apropiación por los europeos de un recurso básico de sobrevivencia para grandes masas de indios. Puede argüirse que estos, verdaderamente, asaltan haciendas españolas y se llevan ganado sabiendo que es ajeno. Pero aquí deben plantearse tres hipótesis:

- a) Los indígenas no tienen por qué suponer que violan un orden jurídico basado en la propiedad privada de los recursos, cuando su propio derecho se apoya decididamente en formas de distribución comunitaria, reconociéndose sólo la propiedad privada de algunos enseres domésticos y objetos ceremoniales.
- b) Durante las sequías los rebaños migran espontáneamente a las márgenes orientales y occidentales de la región sometidas al control colonial. Al capturar esos rebaños dentro de jurisdicción europea, los

indios no hacen más que recuperar un recurso necesario para su alimentación.

- c) Los ataques contra fuertes, misiones y haciendas son episodios de una guerra de resistencia anticolonial en respuesta a la invasión europea de sus territorios, a la explotación o eliminación de sus recursos, al secuestro o asesinato de sus familias y al incendio de sus aldeas. Es lógico que el esfuerzo de llevar adelante esta resistencia se premie tomando como botín el ganado del invasor. Estado e Iglesia habían legitimado esta conducta cuando los españoles cristianos la practicaron contra los invasores musulmanes de su territorio.

Dueños del caballo, ejercitados como jinetes (Schindler, 1985), nada les impide a los chaquenses buscar ganados en los enormes pastizales. Avanzado el XVIII, la carne deviene principal alimento de los pueblos ecuestres, sin abandonar la pesca o la recolección. De la afición de los chaquenses por la carne da cuenta Jolís (1789: 234): catorce varones jóvenes son capaces de comer en veinticuatro horas un buey de cuatro años. Además, todos los observadores de esa época señalan la facilidad con que crecen los vacunos, su número y su gordura. Como nadie practica acorralamientos, por la facilidad del acceso, la libre circulación de los ganados en busca de pastos y agua constituye factor relevante de movilidad poblacional. El volumen del stock vacuno es tan grande que apenas lo reducen los ataques de los animales carnívoros o la apropiación por otros pueblos cazadores. Además, la población consumidora es tan pequeña que no hay modo natural de alterar el equilibrio alimenticio.

Sin embargo, un balance preciso sobre la nutrición en las tierras bajas es casi imposible: la variada disposición de animales y vegetales no significa que la dieta cotidiana tenga niveles proteínicos aceptables. En general, el discurso oficial español del XVIII insiste en la pobreza de proteínas animales en la economía chaqueña:

“No tienen para alimentarse otro sustento -escribe García de Solalinde- que los cogollos de las palmas, algunas frutas silvestres como son la algarroba, las raíces de los cardos de **caraguatá**, la miel que recogen en los bosques y el poco marisco que sacan de las lagunas y arroyos a fuerza de trabajo e industria, pues en toda la comprensión del Chaco no se encuentra venado, avestruz ni otro animal, montañez o silvestre al cual puedan matar para sustentarse porque con todos han concluido” (1790: 440-441).

El problema es que el volumen proteínico varía mucho con la alternancia de sequías e inundaciones, produciendo periódicas “crisis de subsisten-

cias” que la “apropiación” de ganado se propone superar. Explicable en términos de fluctuaciones ecológicas y económicas, la guerra es un mecanismo recurrente de acceso al ganado. Es constante que grupos acosados por hambrunas intervegan los cazaderos y pescadores ocupados por otros grupos¹². Pero la existencia de ganados cimarrones intensifica estos conflictos. Cuando los ganaderos españoles extienden arbitrariamente sus haciendas hacia el interior de las tierras bajas crean, naturalmente, un factor muy atractivo para los jinetes chaquenses.

El modo en que estos grupos acceden a esos ganados constituye la cuestión fundamental de la economía y prácticamente, de la historia de las guerras en la región. En este sentido, la guerra no es más que un recurso extremo que sólo en graves circunstancias los recolectores itinerantes emplean contra quienes dominan el alimento. No importa que esos controladores de recursos - a los que se debe expropiar- sean chiriguano, wichíes o españoles. Pero esta guerra debe cumplir por lo menos tres requisitos fundamentales:

- 1) que existan a mano recursos de un volumen tal que justifique la pérdida segura de hombres (los “guerreros” de los que hablan informes y censos);
- 2) la confianza en cierto margen de seguridad para que el número de muertos en el asalto no afecte la normal reproducción interna de los grupos involucrados; y
- 3) graves condicionantes ecológicos (hambrunas, epidemias, sequías) o sociales (disputas episódicas por cazaderos o pescaderos) que vuelvan necesaria la apropiación violenta de los recursos (por ejemplo, del ganado vacuno).

Notas

¹ Archivo General de la Nación, Justicia, 32-932.

² Según Cardús (Las Misiones Franciscanas en el Oriente de Bolivia, Barcelona, 1886) los tobas entierran vivos a los niños de pecho junto con su madre cuando ésta muere en el parto.

³ Castro sostiene que “los principales procesos de erosión hídrica y eólica se vinculan con las características físico-naturales del área, principalmente aquellas de carácter geológico-geomorfológico y climático” (Hortensia Castro, “Aportes en torno a la discusión población-recursos. El caso de la alta cuenca del río Bermejo, en el noroeste argentino”, en Primer Congreso de Investigación Social, Tucumán, 1995).

⁴ Dice Dobrizhoffer que “aquella inmensa planicie de ciento cincuenta leguas que se extiende entre los ríos Paraná y Salado crece como un mar cuando caen lluvias continuas” (Dussel y Herrera). Un documento citado por Furlong dice “durante los tres días y noches una lluvia copiosa y tenaz... todo estaba inundado y los caballos resbalaban con frecuencia... llegamos a Santiago pero el río [Dulce] estaba tan crecido que no nos permitió entrar a la ciudad” (Dussel y Herrera).

⁵ “Se construye un fuerte formal en el paraje de las Higuierillas que dista del Paraje de Don Gil tres leguas río arriba... que mudando el piquete de Santa Fe a dicha laguna [Blanca] se imposibilite al enemigo de poder invadir dichos caminos quedando con esto asegurada la frontera con Córdoba” (Actas Capitulares de Santiago del Estero, II, cit. por Dussel y Herrera).

⁶ “La ruina de los pueblos de Yuguiligualá y de la isla de Mopa motivaron a sus habitantes a abandonar sus poblaciones e iglesias a distintos parajes como lo insinuaban sus autoridades y arruinados los edificios por cuyo motivo también se habían visto precisados los habitantes del pueblo de Guañagasta a retirarse a otro paraje donde no había escasez de aguas” (Carta de Matorras, julio de 1770, cit. por Dussel y Herrera).

⁷ “Después que el citado río dejó su antiguo cajón, de cuyo retiro resultó la entera y total despoblación de muchas y pingües estancias... viniendo por esta causa los más a una insoportable pobreza a que se agrega el carecer desde entonces de las abundantes sacas de cera y miel de que abundan dichos parajes que hoy se hayan despoblados” (Actas Capitulares de Santiago del Estero, III, cit. por Dussel y Herrera).

⁸ Wilde y Cornejo mencionan una senda aborigen, el “camino de afuera” en el tramo que separa La Lomada del Palmar Redondo. Como hay otras sendas rumbo a Esquina Grande, recomiendan tomar este sitio como base de la nueva línea de fronteras “por ser la principal avenida por donde los bárbaros pudieran intentar sus invasiones”.

⁹ Que “se vuelven grato alimento por su carne... y estimulan a los salvajes a buscarlos” (Jolís, 1789: 135).

¹⁰ Que pasaynes y lules llaman jocon (Jolís, 1789: 136).

¹¹ Archivo Histórico de Tucumán, Secc. Administrativa, 7.

¹² Sobre el tema de la guerra, Pelleschi, 1879: 77 y ss.

Bibliografía

AGUIRRE, Juan Francisco

1899 [1793] Etnografía del Chaco. Introducción de Enrique Peña, en Boletín del Instituto Geográfico Argentino, 18, Buenos Aires.

ALTAMIRANO, Marcos

1987 Historia del Chaco, Resistencia.

ARIAS, Francisco Gabino

1968-72 Diario y descripción de la expedición reduccional al Gran Chaco [1780], en Archivo General de la Nación [en adelante AGN], Guerra y Marina, legajo 4, expd. 6. También en Colección Pedro de Angelis, Buenos Aires.

AZARA, Félix de

1968-72 Informe sobre varios proyectos de colonización del Chaco [1799], en Colección Pedro de Angelis, 6, Buenos Aires.

1809 Voyages dans l'Amérique Méridionale depuis 1781 jusqu'en 1801, 4 vols., París.

CARDIEL, José

1912-49 Relación del Chaco y sus Misiones, en P. Pastells, Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay, Madrid.

CASTRO BOEDO, Emilio

1995 [1872] Ensayos sobre la navegación del Bermejo y la colonización del Chaco, CEIC [Biblioteca de Historia y Antropología-3], Jujuy.

DOBRIZHOFFER, Martín

1972 [1783-84] Historia de los Abipones, 3 vols., UNNE, Resistencia, [versión inglesa en 3 vols., Londres, 1784].

DUCCI, Zaccaria

1902 "Notizie etnografiche sui Toba del Gran Chaco argentino", en Revista Geográfica Italiana, 10 (5), Florencia.

DUSSEL, Patricia y HERRERA, Roberto

1995 "Repercusiones socioeconómicas del cambio de curso del río Salado en la segunda mitad del siglo XVIII", en Primer Congreso de Investigación Social, Tucumán.

FERNANDEZ CORNEJO, Juan Adrián

1968-72 [1790] Expedición al Chaco por el río Bermejo, Colección Pedro de Angelis, 6, Buenos Aires.

FOCK, Niels

1966-67 "Mataco indians in their Argentine setting", en Folk, 8-9, Copenhage.

GARCIA DE SOLALINDE, N.

Proyecto de colonización del Chaco [1799], Colección Pedro de Angelis.

GRUBB, W.B.

1911 Un unknown people in an unknown land. An account of the life and customs of the Lengua Indians of the Paraguayan Chaco, Londres, [reediciones en 1913 y 1925].

HERVAS, Lorenzo

1900-01 Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y numeración, división y clases de estas según la diversidad de sus idiomas y dialectos, Madrid.

HUONDER, N.

1901 "Die Völkergruppierung im Gran Chaco im 18 Jahrhundert", Globus, 81, Berlín.

IDOYAGA MOLINA, Anatilde

1978-79 "Contribución al estudio del proceso de gestación, aborto y alumbramiento entre los matacos costaneros", *Scripta Ethnologica*, 10, Buenos Aires.

JOLIS, José

1972 Ensayo sobre la Historia Natural del Gran Chaco [1789], UNNE, Resistencia.

KARSTEN, Rafael

1993 Los indios tobas del Gran Chaco Boliviano [1923], CEIC [Biblioteca de Historia y Antropología, 1], Jujuy.

KERSTEN, Ludwig

1972 Las tribus indígenas del Gran Chaco hasta fines del siglo XVIII [1905], UNNE, Resistencia.

LOZANO, Pedro

1989 Descripción Corográfica del Gran Chaco Gualamba [1733], Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, [Primera edición: 1941].

LUZ, Rafael de la

(s/d) Censo de Parcialidades Matacas en el Fuerte del Río del Valle, en *AGN-Justicia* 40:1176.

MATORRAS, Gerónimo

Diario descriptivo de la expedición hecha a los países del Gran Chaco [1774], en *AGN, Interior*, leg. 5, expd. 10.

MÜNZEL, Mark

1978 "Die Chaco-Indianer", en W. Lindig y M. Münzel, *Die Indianer, Kulturen und Geschichten der Indianer Nord-Mittel und Südamerikas*, Munich.

PAZ, Raúl

1995 "La degradación de los recursos en economías rurales empobrecidas: los campesinos ocupantes. Un estudio de caso en el noroeste argentino", Primer Congreso de Investigación Social, Tucumán.

PELLESCHI, G.

1879 *Eight months in the Gran Chaco of the Argentine Republic*, Florencia, [Londres, 1886].

PRIETO, M. del R. et. al

1995 "Las condiciones climáticas durante la conquista y colonización del Noroeste argentino, 1580-1710", Primer Congreso de Investigación Social, Tucumán.

SAIGNES, Thierry

1974 "L'indien, le portugais et le jésuite; alliances et rivalités aux confins du Chaco au XVIII^e siècle", en *Cahiers d'Amérique Latine*, 9-10, Toulouse.

1990 *Avá y Karaf. Ensayos sobre la frontera Chiriguano (siglos XVI-XX)*, La Paz.

SANTAMARIA, Daniel y PEIRE, Jaime A.

1993 "¿Guerra o comercio pacífico? La problemática interétnica del Chaco Occidental en el siglo XVIII", en Anuario de Estudios Americanos, L-2, Sevilla.

SANTAMARIA, Daniel

1994 "Las relaciones económicas entre tobas y españoles en el Chaco Occidental, siglo XVIII", en Andes-Antropología e Historia, 6, Salta.

SCHINDLER, Helmut

1985 "Equestrian and no-equestrian indians of the Gran Chaco during the colonial period", en Indiana, 10, Berlín.

SEELSTRANG, A. von

1977 Informe de la Comisión Exploradora del Chaco [1884], Buenos Aires.

SEGOVIA, Juan José

Defensa de José del Casal responsabilizado por la matanza de Mbayás [1798], en AGN-Criminales, 42:10.

SILVESTRE, F.

1977 Relación de la provincia de Antioquia, Medellín.

SUSNIK, Branislava

1972 "Dimensiones migratorias y pautas culturales de los pueblos del Gran Chaco y su periferia (enfoque etnológico)", en Suplemento Antropológico, 7 (1-2), Asunción.

TOMASINI, Alfredo

1978 "Contribución al estudio de la conquista y colonización del Chaco", en Cuadernos Franciscanos, 49, Salta.

TORKEL, U.O. y Otros

1994 La Naturaleza y el Hombre en el Chaco Seco, GTZ, Salta.

VITAR, Beatriz

1994 "Prácticas abortivas entre las comunidades chaqueñas en el siglo XVIII, IV Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Jujuy.